

análisis interdisciplinario de factores centrales para la historia y el presente de nuestra política exterior, a la vez que evidencia una significativa especialización en el tema de estudio.

Como lo muestran los datos editoriales "*Zeballos y la imaginación de Argentina: 1898 - 1906*", fue la tesis de Enrique Shaw para recibir el título de Magíster en Relaciones Internacionales emitido por la Universidad Nacional de Córdoba. Por tal motivo mi valoración académica alta-

mente positiva sobre el trabajo está dirigida en primera instancia a su autor, pero también a la Maestría en Relaciones Internacionales del Centro de Estudios Avanzados, dependiente de la Universidad Nacional de Córdoba por su esfuerzo en la formación de recursos humanos en el ámbito de la disciplina de las Relaciones Internacionales.

Anabella Busso

## Daniel Moyano. El enredo del lenguaje en el relato. Una poética de la ficción.

Marcelo Casarín

CEA-Ediciones del Boulevard, Córdoba 2002

### Los enredos de Daniel Moyano

"Contar una historia supone enredarse enteramente con el lenguaje". La frase pertenece a *Libro de navíos y borrascas* (1983) y oficia de clave de lectura en el estudio pormenorizado que Marcelo Casarín ensaya de la narrativa de Daniel Moyano.

Centrado en una hipótesis según la cual el eje articulador de los relatos de Moyano es el problema del lenguaje en la ficción, este estudio se desarrolla en dos niveles. El primero atañe a lo que Casarín denomina, no sin originalidad, la "intimidad de los textos". Originalidad terminológica, ya que no metodológica: el recorrido minucioso por todos y cada uno de los textos —desde *Artistas de variedades* (1960) hasta *Tres golpes de timbal* (1989)— privilegia una perspectiva conscientemen-

te inmanentista que quizá no se ajusta estrictamente a la noción lotmaniana de texto enunciada en la introducción.

Ello no obstante, este primer nivel de análisis aparece apenas, como un umbral que es necesario atravesar para arribar a la "extimidad", ya no de los textos, sino de la escritura, entendida ésta en sentido barthesiano. Nuevamente la originalidad es terminológica: el concepto de "extimidad", que Casarín toma prestado del psicoanálisis, no es sino otra forma de nombrar lo que Genette llama transtextualidad y que atiende a las relaciones entre textos. O, en todo caso, ambos conceptos son complementarios en la medida que la transtextualidad entiende sobre lo ajeno como propio; mientras que la extimidad entiende sobre lo propio como ajeno.

Dividida en cinco subtítulos, la primera parte del estudio se detiene, entonces, en los textos mismos, en los nudos que dan cuenta del enredo con el lenguaje. A juicio de Casarín, quienes quedan atrapados en ese enredo son los personajes que, imposibilitados de hablar y de escuchar, se vuelven portadores del conflicto con la palabra, al mismo tiempo que el narrador-poeta deviene una suerte de crítico. Inmanentista por necesidad y no por convicción, Casarín atribuye esta preocupación al apogeo de los estudios sobre el lenguaje que se dio en los años sesenta y que es contemporáneo de los inicios de Moyano como narrador. La preocupación, sin embargo, seguiría estando presente y de hecho se agudizaría, en las novelas de los ochenta, particularmente en *El vuelo del tigre* (1981), *Libro de navíos y borrascas* (1983) y *Tres golpes de timbal* (1989). En esta última, por ejemplo, se dejaría leer una indagación acerca de la iconicidad del lenguaje, así como una apuesta fuerte a la eficacia simbólica de las palabras, a su poder casi mágico para fundar una ilusión de comunidad.

Una atención especial merece, en este sentido y en muchos otros *El trino del diablo* (1974), verdadero punto de inflexión dentro de la narrativa moyaniana, según la hipótesis de lectura que privilegia el estudio. Allí —pero también en *Libro de navíos y borrascas* y *Tres golpes de timbal*—, la imposibilidad de comunicar a través del lenguaje aparece menos como una indagación de tipo intelectual que como una constatación de orden político: la palabra ha sido confiscada por los represores, vaciada de sentido. Fuera de la ficción, Moyano solía referir las secuelas que le dejara la experiencia de la cárcel y el exi-

lio: la pérdida de “la noción de las palabras”, cinco años de silencio tan absoluto que ni música podía hacer. Sus héroes, al menos, gozarían de esta alternativa: la música como opción —y a partir de 1974, como complemento— al lenguaje verbal.

Pero si para Moyano la única opción posible al silencio fue volver a escribir, es precisamente la escritura lo que sus personajes practican “en el mayor intento por quebrar el problema del lenguaje”, por sortear su ineficacia. El gesto redunda en una ficcionalización del propio acto de escritura que es una reflexión sobre la literatura misma.

En el último apartado de esta primera parte, Casarín remata con otras dos variantes del problema del lenguaje y que atañen a los nombres de la escritura y a la escritura de los nombres. El carácter especular de estas frases, sirve para referir a los elementos paratextuales —de este lado del espejo, los títulos de novelas y cuentos —y a los textuales— del otro lado del espejo, los nombres que reciben los personajes de ficción y que, a partir de 1974, ganan en contenido simbólico-alegórico, se convierten en verdaderos “nombres parlantes”.

Esta transformación —que se registra desde *El estuche del cocodrilo* (1974) y desde *El trino del diablo*— coincide con una apertura de la narrativa de Moyano hacia la transtextualidad, cuyas operaciones o procedimientos Casarín analiza en la segunda parte de su estudio. Hasta 1974, esas operaciones se limitan a un ejercicio de autocorrección que no pasa de lo meramente estilístico —es el caso de los cuentos de *Artistas de variedades* (1960) reeditados en *El monstruo y otros cuentos* (1967)—, o de la amplificación por des-

envolvimiento diegético –“Artistas de variedades” es el embrión de la novela *Una luz muy lejana* (1966). Recién en 1988, con la publicación de *El trino del diablo y otras modulaciones*, Moyano incursionaría en una verdadera práctica de reescritura, añadiendo nuevos elementos a los que aparecían en la primera versión del texto que entonces, deviene hipotexto.

En cualquier caso, los tres procedimientos –corrección, amplificación y reescritura– suponen una revisión crítica de los textos, a la que Moyano se había inclinado, casi febrilmente, los últimos años de su vida. Esa revisión constituye una práctica autotextual que Casarín describe con un término proveniente de la pintura: el pentimento –las huellas de los bosquejos en un cuadro– es aquí la figura que permite dar cuenta de las huellas de los hipotextos en el texto y de una obsesión que parece atender a aquella máxima de Borges según la cual “los textos definitivos no corresponden sino a la religión o al cansancio”. Incansable, Moyano escribiría sobre la propia escritura, descentrando el lugar del texto definitivo, oponiendo *versión a verdad*.

En *El trino del diablo*, esta horadación de toda forma de conclusión alcanza a la pretendida “verdad histórica”: el discurso de la historia ingresa a la ficción para ser sometido a una reescritura paródica. Como la operación transtextual afecta no ya a la escritura propia, sino a otra escritura, la figura que la describe es la del palimpsesto.

Mientras tanto, el pentimento vuelve a aparecer en *Libro de navíos y borrascas* en un grado más elaborado, puesto que es empleado a los fines de ensayar una reflexión sobre la construcción misma del

relato. Este ejercicio metaficcional toca tanto al *qué* narrar, cuanto al *cómo* narrar: lo que se exhibe en ambos planos, son las vacilaciones del narrador, de tal suerte que el pentimento se vuelve una técnica narrativa deliberada con arreglo a la cual “los borradores del relato se dejan ver”.

Esta puesta en abismo del acto mismo de escritura –reflexión de la literatura sobre la literatura– alcanza su máximo desarrollo en *Tres golpes de timbal*, donde la historia relatada es la de un manuscrito. Y si allí la lengua aparece como límite para un autor sin nombre, que es al mismo tiempo, actor en la propia escritura, el efecto logrado es la borradura de las fronteras que separan la ficción de la realidad: la vacilación que introduce el pentimento es, entonces, más radical.

El análisis lúcido y pormenorizado de todos estos procedimientos transtextuales –palimpsesto y pentimento en sus variadas funciones– le permite a Casarín extraer una serie de conclusiones del todo sólidas en torno a la poética que Moyano habría diseñado acerca de la ficción, desde la ficción misma. Una “poética” que supone una toma de posición frente al lenguaje –concretamente: una puesta en cuestión de su eficacia en tanto instrumento de comunicación– y un concepto de ficción tan mutante como los propios textos.

Para advertir estas mutaciones, Casarín propone sustituir la marca cronológica de las ediciones por una lógica de las explosiones. En este punto, la originalidad es metodológica: la lógica de las explosiones que Lotman concibe para hacer una tipología de las culturas, sirve aquí a los fines de señalar los momentos de ruptura profunda en la concepción poéti-

ca de un autor. Esos momentos de ruptura, dice Casarín, no alcanzan "a borrar del todo las marcas de la escritura anterior sino que abren en ella un nuevo horizonte" y definen tres modos de concebir la ficción: como *fixción*, como *fricción* y como *ficción* propiamente dicha. En el primer momento serían recurrentes las historias familiares, el realismo profundo –tal y como lo describiera Roa Bastos en el prólogo a *La lombriz* (1964) que Casarín analiza en el primer capítulo de su estudio– y el pentimento ingenuo; en el segundo momento –con *El trino del diablo*– irrumpen la transtextualidad, el hiperrealismo y el palimpsesto; y en el tercero –desde *Libro de navíos y borrascas*–, aparecen los mecanismos de construcción del relato en el propio relato; el pentimento en su máximo nivel de elaboración.

Uno podría preguntarse hasta qué punto este no es otro esfuerzo de periodización –esfuerzo de reescritura en el afán de corregir una periodización de la críti-

ca que es también de la obra–, con una terminología nueva. Sin embargo, y como ya se ha señalado, las conclusiones son sólidas y convincentes, tanto como el recorrido que las precede.

En este sentido, el estudio de Marcelo Casarín, se inscribe entre los pocos que han querido subsanar esta precariedad, fragmentariedad y repetición de la crítica acerca de la narrativa moyaniana.

Fruto de una investigación académica, *Daniel Moyano. El enredo del lenguaje en el relato. Una poética en la ficción* no entorpece la lectura con los obstáculos propios del género. El esfuerzo de reescritura que significa dar a publicación un estudio de esta naturaleza, no hace sino sumar otro mérito a los ya señalados.

Candelaria de Olmos

## Medicina y Sociedad

Juárez, Marina (compiladora)

Centro de Estudios Avanzados - Facultad de Ciencias Médicas, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 2002, 167 págs.

I.- Inicialmente hay que destacar que tal como se puede vislumbrar desde el propio título de la obra, el texto vincula, en primer lugar, a los problemas que se generan entre las ciencias sociales y las ciencias médicas; y particularmente se puede destacar como nota relevante el aporte que significa el mismo para la in-

terdisciplina entre el derecho, la ética y la medicina.

En realidad a tal cuestión se puede responder a partir de lo que, hoy por hoy, está en la misma base de los estudios académicos y profesionales de los abogados, en particular, aquella concepción que sostiene que bajo ningún aspecto ellos po-